

como principio de una supuración futura el momento ó el día mismo en que el enfermo ha experimentado los ataques de la fiebre.»

29. Sentado esto, hay que referir al principio de la enfermedad el comienzo de la futura supuración; si se juzga que esta última tiene lugar cada vez que el cuarto día no da señales de *resolución*, si la perseverancia de la enfermedad atestigua que la supuración ha tenido lugar, hay que reconocer, cuando el mal persevera, que la acumulación de pus tuvo lugar en el período de la peripneumonía. Pero esta acumulación de pus constituye la vómica; luego en la hipótesis contradictoria de una vómica simple y verdadera, no hay que añadir el período del abceso al período de la peripneumonía, en forma de adición, sino que ha de confundirse con este último período, puesto que la vómica empieza á formarse en el curso mismo de la peripneumonía. Así, aun cuando refiriéramos el principio de la vómica al séptimo día de la peripneumonía, y que luego añadiésemos otros veinte días necesarios para la ruptura de la vómica, no iríamos más allá de fin de marzo. Damos los cuatro primeros días del mes á los morbillones, los siete siguientes á la peripneumonía y los veinte últimos á la vómica, formando reunidos un total de treinta y un días. Conforme este cálculo, la ruptura de la vómica precedería de cincuenta y dos días á la curación, puesto que ésta tuvo lugar el 23 de mayo; de modo que así no falta tiempo para la tisis, y la curación no coincide con el tiempo de la *repurgación* natural; la que, según Hipócrates, debe cumplirse cuarenta días después de la ruptura de la vómica.

30. Nos queda por examinar el segundo aforismo: «Aquellos que, á consecuencia de una pleuresía, pasan al estado de supuración interna, quedan curados si en el espacio de cuarenta días, á partir de la ruptura de la vómica, son purgados por las expectoraciones; de lo contrario pasan á la tisis.» Nuestro adversario cree que es preciso contar estos cuarenta días enteros antes que se declare la afección tísica; pero está en un error. Es evidente, en efecto, que hay que raciocinar con este aforismo como con el precedente. Una vez que el pus, por benigno que se le suponga, se derrama, empieza á degenerar y convertirse en pus maligno, dice Van Swieten. «Pues cuando ha salido de los vasos que lo contenían, ya no está sometido á las leyes de la circulación: quedando es-

tancada, bajo la acción del calor local, experimenta un cambio espontáneo, y se declara, por consiguiente, en putrefacción... se cambia en un fluido icoroso y claro. Y este fluido aumentado por la putrefacción va acompañado de mayor acritud; de ahí estas palabras de Hipócrates: «El pus detenido y acumulado en el pulmon y el tórax, ulcera y pudre.» Ahora bien, la tisis pulmonar no es otra cosa que esta lenta consunción de todo el cuerpo causado por la úlcera de los pulmones y la especie de ligera fiebre continua que es su resultado (1).»

Por lo tanto no se puede poner el principio de la tisis al cuadragésimo día después de la ruptura de la supuración, sino que hay que hacer la data del tiempo en que el pus, quedando estancado, empieza á corromperse y ulcerar, á roer los pulmones por su acritud, lo que sucede con mucha rapidez como hemos visto. Así, pues, toda vez que la vómica se abrió á fin de marzo, debe fijarse á principios de abril ó aun antes de la mitad de este mes, el nacimiento de la tisis. Ahora bien, desde esta época en que debió comenzar hasta el 23 de mayo, transcurrió evidentemente un espacio de tiempo bastante considerable.

Por lo tanto, estos aforismos de Hipócrates alegados contra nosotros, legítimamente interpretados nos muestran, no solamente que hubo el tiempo necesario para establecer una tisis por resultado de vómica, sino también que la curación no se realizó en la época ordinaria de una purgación natural; que la tisis había comenzado mucho tiempo antes que la curación, y que ésta se verificó cuando la tisis debió ser ya confirmada.

31. Hacemos estas observaciones para contestar al cálculo establecido por nuestro adversario, pues está fuera de duda, por lo demás, que la palabra griega *phthisis*, que en latin corresponde á tisis ó consunción, producida por la corrupción, puede tomarse ó como efecto, y entonces expresa esta consunción de todo el cuerpo, que tiene por origen la úlcera del órgano afectado, ó como causa, y en este caso designa la corrupción misma del órgano (2). Apliquemos el doble sentido de esta palabra al caso presente. Según el primer sentido, es evidente que la tisis ó consunción del cuerpo de María Rosa debió retardarse hasta el momento en que la causa de la consunción adquirió cierto desarrollo, lo que nos coloca en el curso del

(1) Bursorius *Inst. med. pract.* cap. III, de *phthi.* p. 15, § 54.
(2) Mangetus, in sua *Biblio. med. pract. phthisi*, p. 271, col. 2.

abril, como lo establecimos. Pero si por tisis se entiende la úlcera misma de los pulmones, causa de la consunción del cuerpo, puesto que la vómica no es otra cosa que una extraordinaria úlcera de los pulmones, claro es que se ha de hacer comenzar el período de la tisis con el período mismo de la vómica. Ahora bien, la vómica empezó á establecerse antes de la mitad de marzo; de consiguiente la tisis, que comenzó durante este tiempo, progresó desde esta época hasta el 23 de mayo, es decir, que duró unos dos meses y medio. ¿Quién no comprende entonces el desarrollo terrible que pudo tomar en este largo intervalo?

Así, pues, áun cuando se admitiese la falsa hipótesis de una vómica pura y simple, nuestra causa no sufriría por ello en manera alguna. Efectivamente, está demostrado que la tisis debió nacer necesariamente y estar confirmada mucho tiempo antes de la curación, y que á causa de esto, no pudo tener lugar en el período de tiempo de la repurgación natural de la vómica. Y de aquí se deducirá evidentemente que, al excluir la vómica, sólo lo hacemos por amor á la verdad, puesto que áun admitiendo su existencia, hubiéramos podido muy fácilmente defender nuestra causa.

32. Después de esto es en vano que la crítica nos oponga el texto prolijo de Zacchias y la autoridad de Benedicto XIV, quienes establecen que no puede admitirse el milagro siempre que la curación tiene lugar mientras la enfermedad está en su último período ó cerca de su crisis. Ocioso es, repetimos, que se nos haga esta objeción, pues descansa en principio sobre la hipótesis ya destruida de la vómica pura y simple, y sobre el falso cálculo de los días. En segundo lugar, el texto tomado de Zacchias es enteramente extraño al caso en cuestión. No cabe duda que en el lugar citado, este autor habla *del estado de la enfermedad, de su disminución, del pronóstico, de la crisis, de un cambio súbito y repentino que ha tenido lugar en un brevísimo intervalo*. Ahora bien, todas estas cosas sólo pueden convenir á las enfermedades agudas y de ninguna manera á las crónicas, tales como la vómica y la tisis, aunque sea perniciosa. Pues cuando una enfermedad crónica llega lentamente y como paso á paso á aniquilar las fuerzas del cuerpo, á disolver los tejidos orgánicos, á roer las vísceras, etc., no puede ser rechazada sino por un esfuerzo también lento de la naturaleza y de los remedios,

que restablezca las fuerzas paulatinamente, y poco á poco reconstituya los tejidos orgánicos y reuna las partes desunidas. En las enfermedades crónicas no es permitido, como se hace en las agudas, provocar una crisis repentina, un cambio súbito que haga desaparecer toda la malicia de la afección, pues esta afección ha impreso huellas profundas y duraderas de su acción prolongada. Por esto es que, ya se trate de la tisis, como lo hemos demostrado, ó de la vómica, como pretende nuestro adversario, es imposible encontrar crisis que produzca una curación súbita, causada por una evacuación cualquiera, por favorable y abundante que pueda ser. Aun cuando se concediese que los esputos purulentos, los sudores, la diarrea y la orina en esta clase de enfermedades son verdaderamente *críticos* y no sintomáticos, no resultaría, sin embargo, sino la repurgación del órgano ulcerado: una vez cumplida ésta, sería preciso aún aguardar una operación lenta y de larga duración de la naturaleza y de los remedios, para que las partes así purgadas, más aún, como arrancadas, heridas, roídas, adquieran fuerzas, se consoliden, se reunan y cicatricen. Una vez bien expurgadas las cavidades de la vómica, escribe Bursar (*De vomica*, § 147), es preciso recurrir á los vulnerarios, á una nutrición vegetal, á la leche y á la corteza del Perú para cicatrizarlas. Este tratamiento muy largo, el extylo el cambio súbito y repentino de que habla el texto de Zacchias, texto muy desviado de su sentido.

33. Nos hemos quizá detenido con harta complacencia en la hipótesis de la vómica; salgamos ahora de estas sutilezas, y dejando enteramente á un lado la vómica, pasemos á las dudas que restan acerca la verdadera naturaleza de la enfermedad, y discutámoslas.

Nuestro adversario, aduciendo el parecer de Hipócrates, que enseña que se curan las enfermedades cuando son repurgadas por arriba, cree que esto tuvo lugar en nuestra enferma «por esa abundante expectoración que hacía que la jovencita arrojase flemas hediondas, parecidas á una materia espesa... esta expectoración iba acompañada de diarrea, de sudores abundantes y de orina: ahora bien, todo esto pudo hacer evacuar los malos humores y procurar la curación por medios naturales, sobre todo si se añade el auxilio de los remedios convenientes, que debieron favorecer mucho los esfuerzos de la naturaleza »

34. Tenemos, pues, que examinar esta cuestión única: en una verdadera tisis pulmonar, la expectoración purulenta, los sudores nocturnos, la diarrea y la copiosa orina, ¿pueden tener lugar á evacuaciones críticas, sobre todo bajo la influencia de los remedios? La solución de esta cuestión encuéntrase en el diagnóstico de la enfermedad. Efectivamente, puesto que los sudores nocturnos, la diarrea y la expectoración purulenta son síntomas evidentes y patognómicos de una tisis desarrollada y confirmada, esos mismos accidentes no pueden ser críticos y de buen augurio. Cualquiera que alguna vez ha cuidado á tísicos sabe muy bien, por experiencia, que tales síntomas no se presentan entre ellos sino cuando la enfermedad está muy agravada y casi no da esperanza de curación. Esta simple observación muestra con bastante claridad que semejantes accidentes no son efectos de la naturaleza que reacciona con fuerza contra la violencia de la enfermedad, sino efectos de lo maligno é intenso de esta enfermedad misma, habiendo ya liquidado todos los humores, que determina en los pulmones una corrupción que se agrava de día en día, de donde resulta una expectoración más abundante y fétida, orinas más frecuentes, diarrea colicuativa y sudores, por lo que esos diversos síntomas son seguidos de ese debilitamiento de fuerzas y extremo enflaquecimiento que encontramos en María Rosa. «Estaba reducida á piel y huesos, y le era enteramente imposible levantarse de la cama, ni siquiera para arreglársela;» señales todas precursoras de la disolución del cuerpo y de la muerte.

35. Burser se expresa de este modo: «Así... que se empieza á escupir verdadero pus, no cabe dudar de una tisis confirmada. Luego un debilitamiento extremo se produce en todo el cuerpo, á consecuencia de una fiebre violenta y del pus que absorben las venas: de ello resulta, que aumentan y son casi continuos los sudores nocturnos y matutinos, seguidos de un flujo de vientre que alterna con ellos; deponese orina en mayor cantidad, dejando con frecuencia ver en su superficie una especie de grasa derretida; todo lo que causa una rápida prostración de fuerzas y un extremo enflaquecimiento que acaban con el enfermo. (*De Pht. pulm.* cap. 3, § 60).»

Hipócrates reconoce asimismo, no mejoría en el enfermo, sino una señal de muerte en una expectoración purulenta y fétida, como en María Rosa, que «arrojaba es-

pulos asquerosos y de fétido olor,» en quien «los espustos eran cada vez más abundantes, purulentos y fétidos.» Hipócrates (*Af. II*, lib. 5) escribe: «Para los que están atacados de consunción, los espustos que arrojan luego de la tos tienen mal olor, son señal de muerte;» y «estos espustos, dice Van Swieten (*Ad Boerhaav.* af. 12, § 61), son ya los indicios de una corrupción muy avanzada.» Respecto á la diarrea, Hipócrates dice (*ibid.*) «Si se declara el curso de vientre en el que sufre de consunción, es una señal de muerte.» Sobre lo que Gorter hace esta observación: «En toda especie de consunción, la diarrea es señal de muerte, porque anuncia que los humores se han hecho colicuativos...» Y «el flujo de vientre es nocivo, tanto porque hace evacuar lo que es nutritivo, como porque conduce del pecho al vientre los elementos purulentos y gastados.»

Estando, pues, bien establecida la naturaleza de la enfermedad, los sudores, el curso de vientre, la abundancia de la orina y una expectoración purulenta más copiosa deben ser considerados no como críticos y favorables, sino como síntomas de la enfermedad, y síntomas mortales. Forzoso es, de consiguiente, dejar que se hunda todo lo que nuestro adversario ha levantado sobre tales excreciones, para demostrar que han podido repurgar completamente los pulmones y abrir camino á una curación natural.

36. Me diréis quizá: Pero el mismo Hipócrates enseña que el pulmón podía curar á consecuencia de los espustos purulentos. No lo negamos, si se trata de un pus de buena naturaleza y no corrompido, que no procede de úlcera y que no roe. En tal caso, efectivamente, evacuado el pus, encontrándose purgado el pulmón y habiendo desaparecido el mal intermedio, las partes rasgadas pueden fácilmente reunirse. Mas aquí se trata de un pus corrompido y fétido: aun cuando el enfermo lo rechace, el órgano no queda *purgado*, el *virus* de la corrupción permanece en él, y de nuevo convierte las partes del órgano en pus maligno, las liquida, eterniza y aumenta la enfermedad. La razón misma nos lo dice; y esto se desprende del triste presagio, deducido por Hipócrates, de los espustos de naturaleza maligna, como hemos visto. El príncipe de los médicos lo declara de un modo aun más categórico en sus pronósticos: léanse sus palabras: «De los que han sido purgados curan especialmente aquellos en quienes cesa

la fiebre el día que sigue á la ruptura, si apetezen con ansia el alimento, si no padecen sed, si el vientre da deposiciones en corta cantidad y unidas, si el pus es blanco, ligero y en todas partes del mismo color, si es expectorado sin pituidad ni dolor y sin tos violenta. Mueren, por el contrario, aquellos á quienes no les deja la fiebre el mismo día... en quienes continúa la sed, las deyecciones alvinas son líquidas, el pus que arrojan, de verde se ha convertido en pálido y lívido ó pituitoso y como espumoso... si todos estos síntomas se encuentran en los enfermos, mueren.»

Ahora bien, en nuestra enferma, no solamente el pus escupido no era blanco ni homogéneo, sino que los espútos eran asquerosos y semejantes á una materia unida... Y tales espútos eran cada vez más abundantes, icorosos y fétidos, señales que atestiguan que en el pulmon el pus estaba enteramente corrompido. Además padecía una fiebre lenta y continúa, y experimentaba una disolución de todo el cuerpo; la tos, constantemente la tos, sin descanso; sufría tal sed, que nunca se sacaba de beber. En una palabra, á los espútos de mal augurio unía todos esos síntomas que enumera Hipócrates diciendo: «Si se encuentran todos reunidos anuncian la muerte (1).» La autoridad de Hipócrates que se nos opone es, pues, extraña en nuestro caso, puesto que se aplica únicamente á la expectoración de naturaleza benigna; antes bien el parecer del mismo Hipócrates prueba contra nuestro crítico, que en el caso en cuestión los espútos purulentos sólo ofrecían la muerte en perspectiva.

37. Pero la exoneración del vientre y la orina pueden ser un medio de evacuar el pus, como lo hacen observar Burnet y Thoner. El primero aprendió de Baubin que existe, y el segundo encontró, diseccionando un cadáver, un ramo de la arteria venosa (*arteria venosa*) que se extendía hasta la entrada del ventrículo izquierdo; del corazón, se levantaba encima del pulmon; replégabase en seguida, y venía á implantarse debajo del diafragma en el tronco, descendiendo de la grande arteria que acompañaba; de lo que deducía que el pus salido de la vómica podía encontrar paso y salir por las evacuaciones alvinas y por la orina.

Pasamos en silencio esta observacion de Matthioli: «No es creíble que el pus, sangre fétida y corrompida, no sólo

(1) *Pronost.* pag. mibi 89 in *fine* et seq.

pase por las arterias que contienen los espíritus vitales, sino también por el ventrículo izquierdo del corazón, en cuyo seno la vida humana y la sangre en toda su pureza residen con el espíritu vital, sin producir síntomas de la más alta gravedad y sin causar siquiera la muerte.» Pasamos asimismo en silencio la grande controversia que ha existido siempre entre los médicos para determinar el conducto que vierte el pus en la vejiga y en los intestinos, pues está reconocido que el pecho puede ser repurgado por estas salidas, como Galeno y gran número de médicos griegos, árabes y latinos lo habian hecho observar mucho antes que Burnet y Thoner (1). Pero de cualquier manera que esto se realice, siempre es por absorcion, y la absorcion sólo tiene lugar cuando el pus es *lígero, desleído*. Asi Manget, tratando de esta evacuacion del empiema, dice (2): Estando el empiema ya bien establecido, ó habiendo la inflamacion llegado enteramente al estado de supuracion, el pus bien maduro y digerido, es decir, que no es ni capaz de obstruir los vasos ni en fermentacion, se mezclará sólo con la sangre.» Ahora bien, en Maria Rosa el pus de ningun modo estaba maduro ni flúido, pues expectoraba espútos asquerosos, parecidos á *materia unida*... Era, pues, imposible que el pulmon se purgase de esta especie de pus por via de absorcion. Concedamos, empero, que este pus pudo ser absorbido de esta manera; tratábase no de un pus benigno, sino de un maligno pus, de pus corrompido, icoroso y purulento, pues los espútos eran cada vez más abundantes, saniosos y fétidos; todo el mundo comprenderá entonces que esta especie de veneno debió comunicar su *virus* á la sangre con la que se mezclaba, corromper todos los humores y causar la muerte. A cualquiera lado que os volvais, os vereis forzados á reconocer aquí lo absurdo de la hipótesis de una repurgacion de esta clase.

¿Queréis ver ahora no sólo la solucion, sino también el aniquilamiento de esta objecion? Recordad que esta cuestion de repurgacion fué establecida por completo bajo la hipótesis de la vómica ó del empiema. Ahora bien, de acuerdo con nuestro adversario hemos concluido aquella, y rechazado éste con poderosos argumentos. Está claro, pues, que hubiera podido no decir palabra de esta purga-

(1) *Líb. I, Epist. ad Julium Alexandrium* apud Sennert. *Medic. pract.* lib. II, part. 3, cap. 13, quest. 5.

(2) *Biblot. chirurg. Verb. Empyema*, pag. mibi 57, cap. 2.

ción hipotética y no esforzarme por refutarla, puesto que está en oposición con el caso de tisis confirmada, de que únicamente tenemos que tratar.

38. Estando victoriosamente rechazada esta presunción de la acción de la naturaleza, recurris al arte médico, y decís: «Se emplearon remedios, remedios proporcionados al mal, que debieron ciertamente ayudar los esfuerzos de la naturaleza. Lo que hemos dicho precedentemente muestra qué valor puede tener esta objeción. En efecto, si á pesar de los remedios la enfermedad, agravándose de día en día, dió origen á los síntomas que Hipócrates, con todos los médicos y la experiencia han demostrado mortales, la inutilidad de los remedios es evidente: aun cuando los remedios hubieran sido proporcionados al mal, esto es, en relacion con la naturaleza de la enfermedad como debían serlo, no se sigue que, en el caso en cuestión, fueron eficaces y arrojaron aquella, y efectivamente, el testigo setenta y dos dice: «La encontraba siempre en más grave estado... iba constantemente de mal en peor, y así podeis comprender que los remedios no la aliviaban en manera alguna.» El médico confirma esta deposición cuando declara: «María Rosa nunca experimentó mejoría alguna, sino que fué de mal en peor, por cuya razon aunque la visitábamos se la podia tener por desahuciada, puesto que el arte no tenia medios para aliviarla. «Y, en efecto ¿se vió nunca curar, por la virtud de los remedios, de una tisis confirmada, esto es, llegada á este punto en que es incurable?»

39. Añadid que el empleo de los remedios sólo tuvo lugar al principio de la enfermedad, y que cesaron cuando la gravedad del mal quitó toda esperanza de curacion. «Al principio, dice el testigo setenta y seis, se le aplicaron remedios, que despues se dejaron porque el caso era desesperado.» En este periodo, todos los cuidados del médico tendieron á suavizar la enfermedad por medio de emolientes, pero no se intentó vencerla. «Durante el último periodo, declara el médico, cuando, como he dicho, la enfermedad fué desesperada, se emplearon decocciones, infusiones y otros remedios benignos, con el solo objeto de suavizar los accesos de tos y la dificultad de respirar, pero no para curar la enfermedad principal. Asi es que ordené varias veces algunos medicamentos, pero cuando la enfermedad no era aun inveterada, y no lo hice tanto para combatir el carácter y la naturaleza del mal como

en calidad de paliativos y lenitivos, á fin de prolongar la vida de la enferma tanto como me fuese posible, y hacerle menos penosos los accidentes de la enfermedad.»

La madre de la enferma que lo administraba esos remedios, usa el mismo lenguaje.—«Se prescribió, dice, como refrescantes papillas con leche, y leche mezclada con agua por bebida, lo que continué dándole todos los dias.»

Puesto que sólo al principio de la enfermedad se emplearon remedios para combatirla; puesto que á pesar de estos remedios la enfermedad se agravó hasta llegar á ser enteramente incurable; puesto que despues de esta época se desvaneció toda esperanza de curacion, prescribiéronse remedios á la jóven enferma, no para librarla de su afecion, sino únicamente para suavizar los síntomas crueles que se manifestaban, despréndese la conclusion evidente de que nada podia esperarse de esos remedios, y que realmente no produjeron efecto alguno.

40. Nuestro sabio adversario termina esta primera parte de su argumentacion afirmando que, de las razones por él aducidas, resulta que María Rosa no fué atacada de tisis pulmonar bien declarada, sino de una vómica, y que esta última se resolvió en el intervalo ordinario; que los pulmones fueron en seguida repurgados por los esfuerzos combinados de la naturaleza y del arte; que, finalmente, la curacion llegó cuando, habiéndose realizado la repurgacion, la enfermedad debió necesariamente desaparecer. Es preciso, pues, atribuir la curacion á la fuerza de la naturaleza y no á la virtud del milagro. Tal es su conclusion.

¿Cuál será nuestra respuesta? Si lo que hemos dicho anteriormente excluye la vómica pura y simple; si declara que hay error en el cálculo que fija la curacion en el periodo de la repurgacion natural; si pone en claro la existencia de una tisis pulmonar confirmada; si hemos rechazado victoriosamente toda especie de suposicion de una purgacion natural, y demostrado la inutilidad de los remedios empleados al principio de la enfermedad; si hemos probado que fueron luego abandonados porque el mal, agravándose de dia en dia, habia hecho desaparecer toda esperanza de curacion; cada cual puede ya facilmente comprender lo que hay que pensar de la seguridad con que nuestro adversario nos opone las conclusiones que acabamos de referir.

41. Pero nuestro ilustre contradictor, encastillándose

en la ficción de una repurgación natural, y atribuyéndole la curación, se esfuerza en fortificar su tesis con la historia de los últimos tiempos de la enfermedad, del viaje emprendido á Roma, de las idas y venidas á las iglesias de la ciudad. Véase su razonamiento: «La joven enferma antes de alojarse de su país, no sólo dejó de ser asistida por el sacerdote que poco antes la auxilió cuando estaba en peligro de muerte, sino que con ocasion de un terremoto pudo ser trasladada fuera de su casa, levantarse de la cama, y pasearse aunque poco en su cuarto, apoyada en otras personas; pudo además emprender un viaje montada en un jumento; concedo que tuvo que ser sostenida por sus compañeras; en Roma pudo dirigirse á pié á la iglesia de Santa María *in Ara Coli* y dos veces á Santa María de los Montes, etc.; de consiguiente hubo mejoría en ella. Ahora bien, esta mejoría precedió la repurgación abundante y de bastante larga duracion de que hemos hablado, y puesto que esta repurgacion es un medio natural de disminuir el mal, debemos atribuirle esa especie de alivio.» De aquí deduce: 1.ª que la curacion es enteramente natural, visto que fué procurada por un medio natural; 2.ª que no hubo curacion instantánea, toda vez que el decrecimiento del mal empezó mucho antes que la curacion.

42. Haremos observar de paso el vicio de este argumento, *post hoc ergo propter hoc* (esto sucede despues de aquello, luego esto es producido por aquello), de que se sirve nuestro crítico cuando dice: «Precedió la evacuacion, siguió su alivio; luego el alivio es producido por la evacuacion.» Lo que diremos más tarde demostrará claramente que ese alivio exterior, cualquiera que fuese, y que nuestro adversario pone hasta las nubes, en nada disminuyó la gravedad del mal, y que proviene de muy diferente causa. Haremos notar en seguida que, en el caso en cuestion, en presencia de la existencia demostrada de una tisis pulmoner confirmada, nada podia oponérseos con menos fundamento que este raciocinio. ¿Quién es tan ignorante de esta suerte de enfermedades y enfermos, y tan novicio en la práctica de la medicina, para no haber visto ni sabido nunca que esas alternativas son naturales en la tisis pulmonar? ¿Hay quien ignore que las personas del pueblo que curan á los enfermos, y que los mismos enfermos se forjan ilusiones hasta el punto de que les llega la hora de la muerte creyendo experimentar mejoría y

esperando la curacion? ¿Quién no sabe que sucede frecuentemente que los tísicos sucumben cuando menos se piensa, comiendo, bebiendo ó hablando? De un enfermo muriendo de esta manera, ¿habria quien se atreviese á decir: Bebia, comia ó hablaba cuando murió, luego se encontraba mejor? La experiencia nos enseña, pues, de una manera evidente y constante, que estos aparentes alivios pueden muy bien tener lugar, no sólo con la continuacion, sino tambien con la agravacion de la enfermedad.

43. Lo que la experiencia nos pone á la vista, nos lo explica con claridad la razon médica. Sabido es, dice Van Swieten (1), «que el pulmon está dividido en lóbulos mayores, los cuales se subdividen en otros menores; á cada uno de ellos llega un ramo de la arteria pulmonar, ramo más grande para los lóbulos mayores, y ramo más pequeño para los lóbulos menores; los vasos sanguíneos de un lóbulo no tienen ninguna relacion con los vasos sanguíneos de otro lóbulo, estén ó no separados por una membrana.» Estos encerramientos y esas divisiones tienen por resultado que, en la tisis pulmonar, el parénquima de los pulmones no está inflamado ni destruido todo entero y de una vez, sino únicamente poco á poco y por partes. Cuando la inflamacion se declara en una parte, la fiebre adquiere más fuerza, la voz se vuelve ronca y la respiracion más difícil, la *dyspnea* aumenta de tal suerte que esos síntomas son á menudo para el enfermo un periodo de muerte inminente; mas una vez terminado el periodo de la inflamacion, y habiendo tenido lugar la supuracion, todos los sobredichos síntomas disminuyen su gravedad, y hacen notar en la dolencia esa apariencia de alivio que permiten al enfermo abandonar la cama, pasearse y circular por la calle en coche. Pero este periodo de supuracion, que convierte en pus el tejido del órgano, no sólo no es un verdadero alivio de la enfermedad, sino más bien un progreso y una agravacion (2). Y efectivamente, cuando poco despues se declara en otra parte una

(1) Ad aph. Baer. 1206.

(2) Goster, lib. II, *Ad Hippocra.* afor. 57, § 4, se expresa así: «En las enfermedades procedentes de inflamaciones interiores, y en algunas inflamaciones externas, es excelente observacion práctica para el medico la siguiente: los dolores aumentan sensiblemente en esas partes, lo mismo que la fiebre, hasta la formacion del pus; una vez formado, el dolor disminuya sensiblemente y cede la fiebre, lo que nos enseña que los síntomas de la inflamacion pueden disminuir, aunque la enfermedad no esté curada, pero que pasa al estado de supuracion.»

nueva inflamacion, todos los síntomas se recrudecen en seguida, amenazan la vida con próximo peligro, y demuestran á un atento observador que la enfermedad persiste en su gravedad. Así, en medio de esos accidentes flogísticos y supurativos, la enfermedad progresa con continuas alternativas, hasta que encontrándose corrompido todo el órgano, ó por lo menos en gran parte, causa la muerte al paciente. Por tal razon los médicos que con frecuencia han sido testigos de esos hechos, no dan importancia alguna á semejantes alivios extrínsecos y aparentes de la enfermedad, sino que al contrario, alentos á los síntomas patogénomicos, observan si la fiebre deja al enfermo, investigan si cesa la tos, lo mismo que la dificultad de respirar, la sed, la diarrea, y si son mejores los esputos: cuando averiguan que todas esas cosas continúan subsistiendo, desesperan enteramente del enfermo, aunque en el exterior vean en él alguna mejoría.

44. Así, en el caso en cuestion, si queremos formular un juicio legítimo acerca del estado de la dolencia no nos detengamos en la superficie, sino examinemos principalmente si esos mismos síntomas patogénomicos que manifestaban la gravedad de la afeccion y la imposibilidad de la curacion, á fines de marzo y principios de abril, perseveraron en Mazzano hasta fines de mayo, y durante el viaje á Roma. Si se establece que constantemente existieron, quedará establecido al mismo tiempo que la enfermedad perseveró en su gravedad hasta la curacion. Esto es lo que al parecer comprendieron las mujeres sin experiencia que acompañaron á María Rosa, quienes han declarado que la enferma pudo ser transportada de su casa con ocasion de un terremoto, que se levantaba del lecho, que con auxilio ajeno daba algunos pasos en su aposento, pero han añadido: «Todo el alivio consistía en lo dicho; en realidad María Rosa estaba mala, y sólo experimentaba un semi-alivio, pues arrojaba los mismos esputos asquerosos y purulentos.»

Pasemos en silencio los otros testigos que confirman el mismo hecho, y fijémonos únicamente en el médico, que declara lo siguiente: «Vi á María Rosa... dos dias antes de su partida de Mazzano para Roma; recuerdo perfectamente que en esta última visita la encontré oprimida, como de costumbre, y aún la opresion se había agravado... Se reconocía en la mayor inquietud, en la dificultad de guardar cama, en que la infeliz enferma tenia necesidad

de permanecer con el cuerpo algo levantado, en un color rojo que se le advertía en la mejilla... y finalmente en los sudores y diarrea... Había extraordinaria consuncion, ausencia de sueño... los esputos eran cada vez más abundantes, icorosos y purulentos: tal era el estado en que encontré á la enferma al visitarla por última vez.»

45. Hé ahí el alivio que experimentó María Rosa antes de salir de su país. Diréis sin duda, que no por eso dejó de emprender el viaje. Convenimos en ello. Mas, 1.º después de lo que hemos dicho, eso nada prueba; 2.º nadie se opondrá á que se conceda algo á la condicion de la enferma: sabido es, en efecto, que en las enfermedades los habitantes del campo difieren enteramente de los de las ciudades. Estos últimos temen los accidentes más ligeros y llaman luego al médico; aquellos, por el contrario, parece juegan con las enfermedades aún las más graves; no guardan cama hasta que se ven completamente abatidos por la violencia del mal, y mientras conservan alguna fuerza se atreven á emprenderlo todo; 3.º tambien hay que conceder gran parte á la fe religiosa: ahora bien, esta fe era insigne en nuestra jóven enferma, lo que es evidente, pues mientras que médico y cirujano eran de parecer contrario, que todo el mundo se oponía, y que la madre quería disuadirla, «se obstinó en decir que quería ir á Roma.» Por esto la madre, viendo su fe tan grande, quiso satisfacerla. El médico mismo, que en vano se había opuesto mucho tiempo á semejante resolucion, al considerar la confianza tan grande de la madre y de la hija, declaró al cirujano que se le podía permitir hacer todo lo que quisiese, pues para él el caso era desesperado, y poco importaba que la infeliz jóven muriese en Mazzano ó en Roma, ó durante el trayecto; pues bien, sabido es cuánto una confianza tan grande aumenta las fuerzas; 4.º finalmente, si Dios habia resuelto obrar el milagro de esta curacion en el sepulcro de su Siervo, debió acudir en auxilio de María Rosa para que pudiese hacer el camino y acercarse al sepulcro de Benito.

46. Todo eso explica como fué posible á la enferma emprender aquel viaje, aunque se encontrase peor que nunca. Evidentemente, el proyecto de hacer tal viaje en semejante estado parecia una locura: estaba más muerta que viva, y el cirujano declaró que no volvería á Mazzano, porque moriria por el camino; y en efecto, la narracion del viaje confirma punto por punto el estado

desesperado de la enferma. «Colocada con gran trabajo sobre un jumento, no podía sostenerse; era necesario que alguien acudiese en su auxilio, y aun eso no bastaba. Tanto sufría en esa posición, que pedía con instancia que la pusiesen en un cesto, lo que era imposible. El jumento andaba con paso muy suave y lento; empleáronse trece horas para andar solamente veinticinco millas, y sin embargo, esta marcha tan ligera fatigó á la enferma hasta el punto de que le faltaba el aliento, y aumentaba y se le hacía insostenible la dificultad de respirar. «Era necesario detenerse á menudo... Cuando bajaba de la cabalgadura, sentábanla en el suelo á fin de que pudiera descansar, se interrumpiesen las grandes inquietudes que sentía, y que volvía á experimentar así que montaba nuevamente en la cabalgadura... y recobrarse un poco de aliento.» No está aquí todo: ese fuego interior, testigo de una dolencia de gravedad extrema, que había atormentado constantemente á nuestra pobre enferma, se ensañó con más fuerza durante el viaje (1). «Su boca estaba seca... sentía un fuego interior... sentía abrasarse, á cada momento hubiera querido beber... Con mucha frecuencia era preciso detenerse para darle de beber... y además no podía respirar, sufría una tos tenaz... Parecía una difunta. Este viaje ¿denotaba una mejoría en María Rosa? Dejo la decisión á nuestros ilustres jueces.

47. Finalmente llegaron á Roma, y metieron la enferma en la cama, pero «no durmió, ni yo tampoco, dice la madre; era preciso darle de beber continuamente, la opresión le impedía permanecer acostada; era preciso tenerla sentada en el lecho... No hizo sino lamentarse... De noche se encontraba peor que de costumbre; se desasosegaba, escupiendo sin cesar materias asquerosas, abrasada de sed, sin poder dormir ni estar acostada, teniendo que levantarle la cabeza y á veces la mitad del cuerpo.» El testigo setenta añade: «La infeliz jóven gemía extraordinariamente, y estaba tan desasosegada que no pude dor-

(1) Entre las señales de muerte en la tisis Boerhaave (refor. 1,26) cuenta una gran sed, y con esta ocasión Van Swieten había dicho anteriormente, cuando trataba de la sed producida por la fiebre, enunciando entre las causas de esa sed, el desecamiento y la inmovilidad de los humores: Como hemos visto más arriba, en la tisis el cuerpo entero es desecado, y ese desecamiento es el resultado de la inmovilidad de los humores en los vasos de los pulmones. Y añade: En la tisis el pus es corrompido y gasta la sangre que lo vuelve más acre, segunda causa de alteración. Añadid los sudores nocturnos que dejan escapar del cuerpo la parte más líquida de la sangre; esta causa sola bastaría para producir la alteración en hombres de excelente salud.

mir... á pesar de que no ocupaba el mismo aposento.» Compréndese sin dificultad el alivio que tales noches procurarían á la enferma.

No obstante, la madre y la prima quisieron cuando menos hacer levantar la enferma de la cama y conducirla á la iglesia de Santa María *in Ara-Cali*, donde habian decidido acercarse á recibir los santos Sacramentos. La jóven, como se supone, no podía andar sola; así es que la madre dice: «La sostenía yo por un lado, y por otro Laura Rosa, su prima hermana.»

Esta manera de conducirla, ó mejor de arrastrarla, pues se podía compararla á un cadáver, dista mucho de mostrar una mejoría cierta de la enfermedad, y sin embargo, nuestro adversario la pondera hasta lo sumo. Esta especie de marcha la fatigó más y más y agravó la dificultad de respirar. Así, mientras testigos que hablan de su peregrinación á Santa María *in Ara-Cali*, declaran que no podía andar, dicen respecto al viaje á Santa María de los Montes, que no andaba sola, y testifican el aumento de dificultad que experimentaba en la respiración. «Durante el trayecto, dicen, la jóvencita era conducida con mucho trabajo porque no podía valerse á sí misma... á causa de su debilidad y dificultad de respirar, era necesario detenerse á cada instante para que recobrarse aliento... Dificilmente podían arrastrarla: iba constantemente sostenida y como llevada por dos mujeres, una á un lado y otra al otro, y á pesar de eso era preciso detenerse á cada momento para que descansase.» Así fué como la jóven llegó con mucho trabajo al sepulcro del Siervo de Dios. Y habiendo allí extraordinaria afluencia de personas, «esa multitud la hacia sufrir más y más, no se podía hacerla adelantar; fué menester llevarla en una silla, dice la madre. La llevaron á las gradas, y á fin de refrescarle algo la boca, le di algunas guindas.»

48. De regreso á casa, la jóven continuó en el mismo estado de enfermedad. Preguntada la madre «cómo se encontró la jóven la noche que siguió á la primera y la segunda visita,» contestó: «Mala como de costumbre, inquieta, sofocada, arrojando los mismos esputos asquerosos, padeciendo continua sed, sin poder dormir, no podía permanecer acostada, y era preciso levantarle la cabeza y algunas veces el cuerpo.» Es evidente que continuaban mostrándose todos los síntomas de una tisis confirmada. «El día siguiente, dice el testigo setenta y dos, volvímos

á Nuestra Señora de los Montes, donde permanecimos un poco, y al salir María Rosa nos dijo que se encontraba mejor; pero estaba sin aliento y era preciso arrastrarla, y esa tracción se hizo con gran fatiga para ella: volví á verla por la noche, y estaba como la precedente.» Esta declaracion concuerda con la de la madre, que dice: «Repúsose y se rehizo algun tanto cuando salimos, y aunque no cesaba de encontrarse mala, me pareció menos abatida que antes, y tambien que habia menos dificultad para acompañarla, y ese estado duró todo este día.»

Esa especie de disminucion de una postracion difícil y de postracion de fuerzas encuentra fácilmente su explicacion en el hecho de que la enferma permaneció acostada ó descansó dos noches y un día, y tambien porque permaneció largo tiempo en la iglesia. Empero esa mejoría, tan débil é enteramente exterior, no hizo desaparecer ninguno de los síntomas patagónicos de la enfermedad tales como los hemos visto enumerados en la noche precedente, y su persistencia está claramente demostrada por la respiracion difícil, aunque en un grado algo menor, y por las siguientes palabras: «Estaba mala como la noche precedente.»

49. Sépase otro indicio más evidente aún de la persistencia de la enfermedad. La experiencia, de acuerdo con los médicos, enseña, que en una tisis que toca á su fin, esto es, á la muerte, se declara la hinchazon de los pies. Véanse las palabras de Juan Pedro Franck (1): «Las señales de que ha tenido lugar la supuracion en el órgano del pulmon, son la continuacion de los signos precedentemente referidos, la respiracion frecuente y difícil y la hinchazon de los pies.» Celso Aureliano dice á su vez: «La tisis es confirmada... una fiebre lenta se apodera de los enfermos... los esputos se vuelven más purulentos y lividos... y llega por fin la hinchazon de los pies (2).» River está aún más categórico; despues de enumerar los otros indicios de una tisis confirmada, dice: «Finalmente, hay que añadir que al tocar á su fin la tisis confirmada, los pies se hinchan (3).» Ahora bien, en el caso en cuestion la madre de la paciente declara: «El cirujano me habia dicho que estuviese atenta con la hinchazon de los pies, pues en tal caso todo estaria concluido.» A más declara que

(1) De la maniere de traiter les inflammations de la phthisie, § 101.

(2) Lib. II, cap. xrv, apud Hoffma. med. system. t. IV, par. 4, cap. II, § 4

(3) Prae. med. lib. VII, cap. 7 De phthisi.

antes de llegar á Roma «tenia los pies hinchados.» Hablando en seguida de su permanencia en esta ciudad, añade: «Continuó la hinchazon los dos dias que estuvimos en Roma, antes del milagro. Y lo sé porque, al vestirla le ponía las medias, lo que no podia hacer por sí misma, y la hinchazon llegaba hasta la mitad de la pierna.» Vemos, pues, subsistir aún otro de los gravísimos indicios de una enfermedad que tocaba á su fin.

50. Pero véase otro nuevo y terrible síntoma: tal es un violentísimo dolor en el pulmon, síntoma de una nueva inflamacion que se habia declarado, y á consecuencia de la cual el órgano estaba atacado y como rasgado en cierto sitio. En algunos, en efecto, dice Celso Aureliano, citado más arriba, hay la sensacion de un grave dolor en el pulmon atacado. Efectivamente, esta misma noche, refiere la prima de la enferma: «Se encontró peor que nunca, pues á lo mejor empezó á dar gritos, diciendo que sentia vivísimo dolor en el pecho.»

La madre de la enferma hace una declaracion conforme á esta. «Apenas me habia acostado, dice, cuando la pobrecita me llamó con un gran grito, y me dijo que aplicase mi mano á su pecho, porque sentia un dolor de los más violentos.» Y la testigo setenta dice: «Poco despues de habernos acostado María Rosa dió un grito penetrante, pidiendo á su madre que acudiese en su auxilio, porque sentia extraordinario dolor en el pecho.» Ya se comprende cuánto este nuevo síntoma añadia gravedad y peligro á la enfermedad. Respecto los que son atacados de una enfermedad que corrompe la sangre, dice Baglivio, si de repente se declara en ellos un violento dolor en el costado, se presentará en breve el delirio, se declarará una fiebre extraordinaria y sobrevendrá la muerte en pocos dias (1).

51. Hé ahí, pues, el alivio que experimentó nuestra jóven en su enfermedad aquella misma noche en que, habiendo aplicado á su pecho la imagen del venerable Stervo de Dios, desaparecieron al momento todos los síntomas de la enfermedad. Un sueño muy ligero se apoderó de la enferma, que desde la mañana siguiente declaró que habia vuelto á entera y perfecta salud.

52. Tal es el relato de la enfermedad y de la curacion que nos da el Sumario, sin oposicion alguna de parte de nuestro crítico, que se limita á hacer consistir toda la

(1) Prae. med. lib. II, c. XIII, num. 3.

mejoría de la enferma, en que María Rosa pudo salir del lecho, dar algunos pasos en el aposento con ajeno auxilio, ser instalada en un asno y transportada á la iglesia. Nadie lo niega. Pero ¿á costa de cuántas dificultades, esfuerzos y peligros no tuvo lugar esto! Y ese viaje, ¿no fué emprendido acaso porque de cualquier modo que fuese tampoco se podía evitar la muerte? ¿Cómo, pues, encontrar una remisión de la enfermedad allí donde no hubo cambio alguno en los síntomas del mal, que por el contrario se fueron agravando constantemente? Y puesto que todos esos síntomas patogonómicos perseveraron en el mismo estado hasta el fin de la enfermedad, puesto que este estado cedió repentinamente su lugar á una salud perfecta, nadie puede negar que la curación fué milagrosa é instantánea.

53. ¿Qué nos opone la crítica acerca este punto? Cuerda siempre discordante, repite sin cesar estas palabras de los testigos: *Empezó á experimentar alguna mejoría*. Hemos visto ya qué clase de mejoría era esa de que hablan. Estos mismos testigos, á pesar de su inexperiencia en semejante materia, nos la dan á conocer de una manera bastante clara. Hablando de la circunstancia en que á consecuencia del terremoto sacaron á la enferma de la cama y la condujeron á Santa Maria de las Gracias, hacen esta declaración: «Si, empezó á encontrarse algo mejor, aunque poco, pero el mal empeoró luego... En seguida el mal fué considerable, y temíamos nos veríamos obligados á dejarla en Nuestra Señora de las Gracias, porque podía morir allí. Toda esa noche no hizo sino toser y quejarse, tan grandes eran los sufrimientos que experimentaba. Respecto á los días que precedieron al viaje, encontramos esas deposiciones: «Si, empezó á experimentar alguna mejoría, lo que empero sólo consistía en que se levantaba un poco de la cama, que podía sentarse un poquito, y que con auxilio de alguien daba algunos pasos por el aposento; pero, en realidad, sufría constantemente de la misma manera. Recuerdo que dije á su madre: «Este cambio es poco importante, porque sufre siempre, está consumida y tose continuamente.»

No puede atribuirse á la peregrinación esa sospecha de mejoría, pues el viaje se verificó más bien por la virtud de un milagro que por las solas fuerzas de la naturaleza. Tampoco cabe atribuirlo al primer día de residencia en Roma, ya que ese día fué tan penoso para la enferma; á

menos sin embargo, que queráis atribuirlo á que las dos mujeres la condujeron á la iglesia sosteniéndola por los brazos.

54. Queda el segundo día. Mas si en este se advierte menos dificultad en la respiración, y menos grande la extenuación de fuerzas, efectos probables del descanso de la víspera y de las dos noches precedentes, eso no disminuye lo más mínimo la violencia de la enfermedad, pues se atestigua constantemente la dificultad de respirar, la postración de fuerzas y la hinchazón de los pies: en realidad la jóven se hallaba en el mismo estado que la noche precedente, salvo que se añadió un nuevo síntoma más grave que los otros. Así es que si nuestro crítico no hubiese truncado adrede la deposición de los testigos, estos últimos, sin intervención ninguna de nuestra parte, hubieran hecho desaparecer la dificultad, pues exponen por sí mismos lo que entendían por la palabra mejoría, y añaden: El mal quedó luego gravísimo; la enferma continuaba en el mismo estado; temíamos que muriese; estaba extenuada, consumida, tosia como antes. Si las declaraciones de los testigos nos muestran que la enfermedad conservó toda su malicia y gravedad hasta el fin, en vano es que se nos opongan estas palabras de Benedicto XIV: «No se puede probar la instantaneidad cuando los testigos dicen que precedió á la curación una mejoría en la enfermedad.» Efectivamente, en el caso en cuestión, los testigos pensaban tan poco en reconocer un verdadero alivio en la dolencia, que declararon que la enferma continuaba en el mismo estado. Respecto á la estancia en Roma, testifican que la enferma estaba como de costumbre, ansiosa, con los espantos asquerosos, sed, ausencia de sueño, imposibilidad de permanecer acostada, á menos de tener levantada la cabeza y aun el cuerpo... los pies continuaban hinchados. Es decir, que afirman la persistencia hasta el fin de todos los síntomas que constituyen el último período de una tisis confirmada. Puesto que la curación sucedió inmediatamente á tal estado de enfermedad, ¿no declaran los mismos testigos que esa curación fué verdaderamente instantánea?

55. Concedamos sin embargo por un momento á nuestro adversario que hubo una especie de mejoría en la enfermedad en el segundo día de la permanencia en Roma (pues únicamente entonces hubo algun alivio en la dificultad de respirar y en la postración de fuerzas), ¿qué con-

cluir de eso? ¿Hay que admitir que el milagro carece de instantaneidad, á lo menos moral? Este alivio tuvo lugar al salir de la iglesia, donde se habia detenido mucho tiempo, y la curacion se verificó al principio de la noche. En efecto, apenas se acostaron cuando la enferma reclamó el auxilio de su madre; ésta aplica la imagen del venerable Siervo de Dios al pecho de la enferma; luego la jóven descansa, desapareciendo instantaneamente los dolores, la tos y la dificultad de respirar. ¿Puede admitirse que un pulmon ulcerado, que una tisis confirmada y á punto de causar la muerte, pueden curarse perfectamente en el espacio de breves horas? Eso es enteramente imposible. Por la misma razon, en la hipótesis de la crítica, habria que admitir una curacion completa en el intervalo de tiempo en que á la naturaleza le hubiera sido imposible obrar, y por esto estamos en posesion de la instantaneidad moral que basta para establecer el milagro.

56. ¿Que será, pues, si seguimos y discutimos la crítica en cada una de sus expresiones? Ella nos enseña que, segun Benedicto XIV, no se exige la instantaneidad para los milagros de primero y de segundo órden. Ahora bien, sabido es que los milagros del segundo órden son aquellos que exceden las fuerzas de la naturaleza en cuanto al sujeto, esto es, la materia de las curaciones, aquellas que hacen desaparecer enfermedades enteramente incurables por las solas fuerzas de la naturaleza y del arte. Pues bien, la experiencia, lo mismo que el consentimiento unánime de los médicos, declara que la tisis pulmonar confirmada es de todo punto incurable. Hé aqui el parecer de Hipócrates: «Cuando llega la tisis, la muerte es incurable (1).» Galeno, tratando de las enfermedades del pulmon y de sus úlceras ó de la tisis, refiere que inútilmente prodigó los más diligentes cuidados para curar á ciertos tísicos, y añade: «Despues fácilmente he reconocido que aquellos esta ban atacados de una afeccion semejante á la que vemos comunmente en las partes exteriores, cuando están infectadas por un humor que produce putrefaccion. Estos últimos los podemos cortar y quemar, pero no puede emplearse ninguno de esos remedios con el pulmon, y por esta razon todos tienen que perecer (2).» Además es preciso advertir que la curacion de los tísicos no solamente es considerada como difícil por los médicos,

(1) *De morb.* lib. I, sec. 2.

(2) *De locis affect.* lib. IV, cap. viii.

sino tambien imposible de obtenerla enteramente: este hecho descansa igualmente en la razon y la experiencia. «En la razon, pues, el pulmon es entre todos los órganos aquel que la respiracion tiene en más continuo movimiento, y es indispensable el movimiento para obtener la curacion. En la experiencia, pues no ha curado ninguno de los atacados de esta afeccion (1).»

Avicena enseña lo mismo. Tratando de los cuidados que se han de prodigar á las úlceras del pecho y á la tisis, escribe (2): «Una curacion verdadera es imposible, excepto cuando la enfermedad es aún susceptible de curacion, cuyo caso ya hemos hecho conocer.» Antes habia dicho: «A veces se puede obtener la curacion de las úlceras del pulmon, si son producidas por la solution de un humor particular, y no por un apostema ó por un humor corrosivo. Lo mismo sucede con aquellos que son producidos por úlceras, en las que se despiden esputos, sin que sean icorrosos. Mas las úlceras producidas por un apostema ó por humores corrosivos no pueden curar, porque entonces es imposible á la úlcera icorosa el cicatrizarse, lo que no sucederia sino por una modificacion de la naturaleza del pus, lo que puede verificarse con auxilio de la tos; pero ésta aumenta la dilatacion de la úlcera y su ruptura; la conmocion que en él se hace produce un dolor, el dolor aumenta la atraccion de la materia hácia el órgano... forzoso es, pues, que la úlcera... se dilate hasta roer todo el volúmen del pulmon... (3).»

Timeo confirma esta doctrina con la autoridad de su prolongada experiencia, cuando dice (4): «Lo confieso ingenuamente, en mi práctica de treinta y siete años nunca he curado enteramente á un solo enfermo entre los atacados de una úlcera en los pulmones, á pesar de que nada omití que pudiera de un modo ú otro procurar la curacion de este mal. Tampoco he visto nunca uno de esos enfermos curados por ningun médico, áun de los más célebres.» Hoffmann mismo no es de parecer contrario cuando establece (5): «que la curacion de la tisis es difícilísima, mucho más cuando ha llegado el punto en que el vulgo la reconoce en sus señales evidentes: excede á los recursos del arte de los hombres.»

(1) *De meth. medic.* lib. V, cap. viii.

(2) *Canon med.* lib. III, tract. 5, fen. 10, cap. v.

(3) *Ibid.* tract. 1, cap. xviii. *De ulceribus pect. et pulm.*

(4) *Apud Hoffmann. Med. syst.* t. IV, p. 4, cap. II, § 10.

(5) *Loco citato superius.*

Manget escribe tambien lo que sigue acerca esta cuestion: «Aquellos que se glorian de haber curado enteramente á ciertos tísicos, deben tener cuidado en si fueron inducidos á error en el diagnóstico de la enfermedad, en vano citándose así de un triunfo imaginario... pues la tisis es el camino cierto que conduce á la muerte.»

57. Pero ¿qué necesidad hay de aducir mayor número de testimonios en favor nuestro? Los griegos y los latinos, los árabes, los doctores antiguos y modernos ¿no concuerdan acaso en afirmar que la tisis pulmonar confirmada es enteramente incurable? Ahora bien, si es así en esta enfermedad, y está demostrado que María Rosa padeció verdaderamente una tisis confirmada, queda demostrado tambien que la enfermedad excedió las fuerzas de la naturaleza en su sujeto, y por consiguiente que constituyó la materia de un milagro de segundo orden.

La crítica nos ha hecho notar que en esos milagros no se exige la instantaneidad; de consiguiente, aun cuando faltase realmente la instantaneidad en esa curacion, por su confesion propia no podría dudarse del milagro. Mas no tenemos necesidad del auxilio que puede proporcionarnos ese argumento, pues hemos demostrado que el mal persistió en su gravedad hasta el fin; y luego, abundando en la opinion de la crítica (opinion que sin embargo hemos rechazado), dejamos demostrado que aun su hipótesis no dejaba que desear la instantaneidad moral. Así es que estamos persuadidos de haber cerrado todos los caminos que siguió para atacar el milagro bajo el pretexto de defecto de instantaneidad.

58. Empero no se da todavia por vencida, y buscando dificultades donde no las hay, se esfuerza por encontrar la accion de la naturaleza en la curacion, haciendo notar que, segun Galeno, la naturaleza puede obrar la curacion por el hecho de estar acostada, ó por una crisis, ó en fin por la *resolucion* ó la coccion de la enfermedad. Y hace observar, primero, que no es cierto que faltara la crisis, porque el médico no *declaró* en su ausencia, de otra manera que por *oido decir*. Ahora bien, yo os pregunto, de todos los milagros de curacion ya aprobados, ¿cuántos habeis visto en que el médico haya asistido á la curacion de tal suerte que, apoyado en un hecho que le es propio, pueda hacer una declaracion atestiguando el defecto de crisis? Si hay alguno, ó casi alguno, convendréis necesariamente en que el defecto de crisis no pudo ser probado

sino por los testigos que estaban presentes. Como se hizo por los otros milagros, interrogué, pues, á los testigos sobre el que nos ocupa. Preguntadles (como lo han hecho los jueces): «si antes de la curacion y en la noche en que sucedió, ó despues, María Rosa tuvo alguna evacuacion de pus por los sudores, la orina, la boca ó por cualquier otra salida del cuerpo,» y les oiréis responder: «Sabemos absolutamente que nada hubo de todo eso.» Y aun añadirán: «Respecto á la menstruacion, en cuanto me alcanza la memoria, no la tenía, ni la tuvo hasta siete ó ocho meses despues.»

Así no es de ninguna manera incierto, sino por el contrario absolutamente seguro, segun los testigos oculares, que no intervino crisis alguna en esa curacion. El médico, aunque en la cuestion presente sólo es testigo auricular, confirma enérgicamente las declaraciones de los testigos oculares. Efectivamente, los interrogué á todos con el mayor cuidado acerca los accidentes más recientes, y declara así: «No se produjo crisis alguna; así por lo menos me lo afirmaron tanto la madre como la jóven curada, á quienes interrogué sobre el caso. Igual declaracion han hecho todos los que han testificado acerca este punto.»

Preciso es, pues, que la crítica se resigne á excluir del caso actual toda accion de la naturaleza. Lo que precede es para combatir y destruir la objecion con pruebas directas; pues por lo demás hemos visto que era enteramente extraña á nuestro asunto, ya que establecimos invenciblemente que las crisis súbitas no pueden tener lugar en las enfermedades crónicas.

59. Añadís, sin embargo: está fuera de duda «que la enferma permaneció acostada, y que hubo resolucion simple de la enfermedad.» No contradecimos en manera alguna la primera de estas afirmaciones, pues sabemos que la jóven enferma guardó cama mucho tiempo. Únicamente os preguntamos: ¿Creeis acaso que el solo hecho de guardar cama pueda curar todas las enfermedades? Si lo afirmais, os veréis obligados á convenir que todos los que mueren despues de guardar cama mucho tiempo, mueren perfectamente curados, lo que será seguramente un nuevo descubrimiento en la medicina. Si lo negais, concedéis gustosos que en el caso presente, el *decubitus* no fué de utilidad alguna, puesto que no sólo el mal perseveró hasta el fin en su gravedad, sino que además se acrecentó, á pesar de guardar cama.

Pero diréis que en nuestra enferma, á más de la permanencia en cama, hubo una *resolución* simple de la enfermedad. Y ¿cuál fué ella, pregunto yo, puesto que todos los síntomas perseveraron en su fuerza hasta la curación, que no hubo crisis alguna favorable, que la materia purulenta nunca fué enteramente *cocida*, y que los esputos fueron hasta el fin icorosos, fétidos y asquerosos? Hubo, decís, «descenso del humor maligno de la parte noble á la inferior, puesto que las piernas se hincharon, y lo que hemos dicho más arriba de la mejoría sobrevenida en la enfermedad muestra suficientemente que hubo una *resolución* de la enfermedad, una especie de *coccion*.»

60. Hemos manifestado ya lo que debe pensarse de esa mejoría, que se aduce aquí por undécima vez; y de ningún modo vemos cómo de la hinchazon de las piernas puede deducirse la resolución y *coccion* de la enfermedad. Primeramente, en efecto, para que la materia que se hubiese adherido á los pulmones pudiese ser llevada á las partes inferiores por una especie de *coccion*, era necesario que estuviese madura y purificada de todo *virus*, lo que nunca tuvo lugar, como lo demuestran los esputos, que continuaron pésimos hasta el fin. Efectivamente, por la palabra *coccion* los médicos designan la madurez que tiene lugar en las enfermedades, y que es una purificación de materias derramándose al exterior ó preparadas para la salida. Esto es lo que acontece en las enfermedades inflamatorias del pecho, cuando las moléculas del fluido incapaz de correr ó impulsadas á las extremidades de las pequeñas arterias, son modificadas por la acción de la fiebre, hasta el punto de que, con las moléculas extremas de dichas arterias obstruidas, son separadas por la violencia del líquido que las impulsa por detrás, y cámbianse en un pus blanco, ligero, homogéneo, que se evacua con los esputos: cada vez que semejantes enfermedades se terminan felizmente, dícese que ha tenido lugar la *coccion* de la materia mórbida (1).

Pero nada parecido se produjo en nuestro caso, pues los esputos no solamente nunca presentaron un pus *blanco, ligero y homogéneo*, sino que por el contrario fueron cada vez más *abundantes, icorosos y fétidos*. No hubo, pues, *coccion* en nuestra enferma.

61. Además, si por medio de la *coccion* esta materia hubiese bajado á los pies, los pulmones hubieran queda-

(1) Swieten: Ad Boerhaav. afor. 557.

do libres y por lo mismo cesado los esputos purulentos. Pues bien, en el caso en cuestion sabemos que hasta la partida de la jóven de su pueblo, cuando las piernas estaban ya hinchadas, los esputos eran más *abundantes, icorosos y fétidos*, continuando en el mismo estado en Roma, donde la enferma tenía aún *esputos hediondos*. De consiguiente un pus maligno llenaba todavía el pecho aún al fin de la enfermedad, como anteriormente. Ahora bien, ¿cómo haréis coexistir la presencia del pus en el pecho, con los pulmones desembarazados del pus que habría descendido á las partes bajas del cuerpo? Comprenderemos que intentaréis oponernos algo; alabamos vuestra atención en escudriñar lo todo; admiramos esa destreza que sabe esparcir las tinieblas sobre las pruebas más evidentes, pero consideramos como un absurdo manifesto ponerse en declarada oposicion con los médicos y la experiencia, y cambiar en indicios de mejoría y remisión de la enfermedad, las señales que éstos nos dan como enteramente mortales.

62. Los médicos nos han hecho ver precedentemente lo que la hinchazon de los pies anuncia en los tísicos. Fortalezcamos esta enseñanza con las siguientes palabras de Benedicto (1): «En una tisis de prolongada duracion, la hinchazon edemática de los pies es funesta.» Fortalezcámosla con esta declaracion de Van Swieten (2): «Cuando la tisis es consumida y se acerca la muerte, se observa que estando todo el cuerpo reducido á enflaquecimiento *excesivo*, los miembros extremos empiezan á hincharse.» Añadamos las siguientes palabras de Hoffmann (3): «Cuando se siente suma dificultad en la respiracion, con temor de sofocacion... si sobrevienen sudores colicativos, la diarrea, la hinchazon de pies, etc.... está ciertamente muy próxima la muerte.» Por aquí se verá si la hinchazon de los pies anuncia el alivio ó una mejoría en la enfermedad. Esta hinchazon no puede anunciar otra cosa. En efecto, segun la observacion de Galeno, atestigua la extincion de la vida, que empieza en las partes más distantes del manantial de la misma. «Con el tiempo, dice, sus pies (de los tísicos) se hinchan; esto es el principio de la extincion de todo el cuerpo, que empieza en las partes más distantes del manantial de la vida (4).» ¿Teníamos

(1) *In tabid. theatr.* pag. 3, apud Swietennum ad Boerhaav. afor. 1,200.
(2) *Loc. citat.*
(3) *Medic. system.* tom. 4, part. 4, cap. 2, § 23.
(4) *Comment.* 2 in *prognost. Hippocrat.* 60.

ó no razon al decir que era absurdo cambiar en indicio de mejoría ese sintoma tan funesto, que los médicos y la experiencia de todos los siglos nos muestran como enteramente mortal?

63. Sentado esto, ya que nos dais como indicio de la curacion de la enfermedad lo que es nada menos que un sintoma más grave; ya que el hecho de guardar cama no fué de utilidad alguna; ya que toda especie de crisis favorable es rechazada por los testigos y por la naturaleza misma de la enfermedad, es evidente que la naturaleza no tuvo parte alguna en la curacion. Y como la enfermedad era incurable y mortal, y persistió hasta el fin en su gravedad, claro está que su curacion realizada instantáneamente no puede atribuirse sino á la virtud de un milagro estupendo.

64. El crítico lo comprendió así perfectamente; por este motivo, confiando poco en las razones que dió hasta aquí, ataca el milagro por otro concepto, negando la *perfeccion* de la salud recobrada. ¿Cómo se las ha compuesto para ello? Apoyándose en estas palabras de los testigos: *Quedó algo enflaquecida... casi inmediatamente en perfecta salud.* Es preciso defender una causa muy desesperada para recurrir á semejantes medios. Restituíd, pues, el segundo texto en su integridad, y leeréis: «La ví casi inmediatamente, pasearse en Mazzano en perfecta salud.» Advertiréis desde luego que estas palabras, *casi inmediatamente*, no se refieren á las que siguen, *en perfecta salud*, sino á las que preceden: la ví (*la víd*) y que significa que el testigo vió á la jóven algo más tarde, pero que entonces la vió en perfecta salud. Esta deposicion ¿pone en duda la perfeccion de la salud? Puede juzgar de ello facilmente el mismo crítico que mutiló el texto. Elena Mariani, hablando del regreso de la jóven á su patria, dice: «Estaba aún algo flaca.» y añade en seguida: «Pero en fin se encontraba bien; no tenia mal ni sufrimiento alguno, y al cabo de tres ó cuatro dias recobró los colores, la gordura, y parecia una flor.» Estas palabras ciertamente son la descripcion de una curacion del todo sorprendente, más completa aún de lo que exigiera la razon estricta del milagro, pues esta última consiste en la ausencia de la enfermedad. Si además se extiende á las consecuencias de la misma adquiere sin duda nuevo brillo. Ahora bien, todo esto sucedió en el caso en cuestion de una manera indubitable. ¿Cómo, en efecto, las solas fuerzas de la natu-

raleza pudieran hacer que en el espacio de tres ó cuatro dias vuelvan los colores y la gordura al que sale de una enfermedad mortal de tres meses?

65. Si no obstante esa especie de enflaquecimiento, que subsignió algo despues al milagro, dejase todavía alguna duda, Bordonio la disiparia con las siguientes palabras: «Os pregunto: la palidez, una cicatriz, la debilidad y otros achaques que deja la enfermedad despues del restablecimiento de la salud, ¿destruyen acaso la razon del milagro? No, pues el milagro consiste en que, por especial auxilio de Dios, se recobra en un instante completamente la salud. Pero puede recuperarse ésta y conservar algunos achaques. Para una salud perfecta, basta que el cuerpo vuelva á un estado tal que pueda cumplir las funciones que desempeñaba antes de caer enfermo. Ahora bien, puede cumplirlas sin que esas señales hayan desaparecido, por tanto de ninguna manera destruyen la razon del milagro (1).»

No sólo semejante doctrina es evidente en sí misma, sino que está de tal suerte en uso en este Tribunal, que Benedicto XIV estableció ese carácter de una salud enteramente restablecida por un milagro: «Aquel que, en el momento en que recobra la salud, puede inmediatamente hacer lo mismo que podía antes de su enfermedad.» Pues bien, nuestra jóven, que hasta el momento de su curacion ni siquiera podia levantarse de la cama sin ajeno auxilio, ni vestirse, ni andar á menos que casi la llevaran, de repente, como atestigua su madre, «hé aquí que se viste por sí misma... Va sin ayuda alguna á la iglesia á dar gracias á Benito José... Andaba más ligera y aprisa que nosotras; se nos adelantaba constantemente y no podíamos alcanzarla... Emprendió el regreso... No queria montar en el jumento, sino ir á pié, y fuera de la puerta Angélica hizo casi dos millas, más ligera y viva que nosotras. En el trayecto no tuvo necesidad de nada... no hubiera hecho sino comer... Así cuando descansamos en Storta, comió mucho con un apetito que daba gusto de ver.»

¿Acaso esta jóven no hizo inmediatamente lo que hacia antes de su enfermedad? Estaba, pues, perfectamente curada; sí, cierto, y tan perfectamente que su llegada admiró sobremanera á los habitantes de Mazzano, quienes exclamaban: «¿Es esta Maria Rosa?... ¡No parece la misma!... ¿Qué ha sucedido, pues?» Y preguntados muchos

(1). *De intrac. medit.*, 7, n.º 21.

años despues, declararon: «Cuando la vimos quedamos estupefactos: caminaba con desembarazo y aprisa; estaba robusta, tenia color en el rostro, y parecia que nunca habia estado enferma.»

66. «Pero, decis, padeció despues tercianas, y aunque contrajo matrimonio más tarde, murió en breve.» ¿Qué tenemos que ver con eso? ¿Acaso los que han sido curados por un milagro están despues exentos de las enfermedades y de la muerte? Las tercianas, y la muerte de resultas de un alumbramiento ¿tienen por ventura alguna relacion con la tisis? Dejemos todo eso á parte, como extraño á nuestro asunto. Notemos únicamente que las tercianas, caso que las hubiera, indudablemente fueron ligerísimas y de muy corta duracion. Efectivamente, sólo la prima de la jóven curada hace mencion de ellas, y se expresa así: «En lo sucesivo se encontró muy buena y no padeció mal alguno... Lo sé de ciencia cierta, porque María Rosa era prima hermana mía, habitábamos la misma casa, una arriba y otra abajo. Yo estaba siempre con María Rosa, y por eso sé que no estuvo más enferma, si no es de algunas fiebres durante el estío, cosa que sucede á casi todos, á causa de la insalubridad del clima.»

Esas palabras, que nos hacen conocer la causa del mal, muestran al mismo tiempo lo leve de la dolencia. Las deposiciones de los demás testigos dar nueva luz acerca nuestro aserto, pues ninguno de ellos habla del caso. Todos, efectivamente, han declarado «que estaba perfectamente curada, que en lo sucesivo se encontró siempre muy buena;... que á su regreso de Roma se encontró como si no hubiese padecido mal alguno... que en lo sucesivo gozó constantemente de buena salud... que vivió despues algunos años, siempre con buena salud... La curacion fué perfecta y constante, y no volvió á estar sujeta á dolencia alguna... Regresó curada y se encontró bien en lo sucesivo... En adelante se encontró siempre bien.»

Así, cualesquiera que fueran las fiebres producidas por la insalubridad del aire, fueron precisamente tan benignas y de corta duracion que no llamaron la atencion de nadie. Su brevedad y benignidad bastarian para atestiguar la perfecta curacion de la jóven, puesto que se libraba tan pronto y fácilmente de esas fiebras endémicas.

Respecto á su muerte, todas las deposiciones están contestes en que María Rosa murió de resultas de parto. Su marido, entre otros, declara que: «Tres ó cuatro años

despues (de su curacion) la tomé por esposa; vivió cuatro años en mi compañía; alumbró dos veces; nunca estuvo enferma, y cuando murió fué á consecuencia del parto.» La jóven curada vivió, pues, todavía ocho años despues del milagro, siempre en buena salud, y murió no de una enfermedad cualquiera, sino de un parto laborioso. ¿Puede pedirse curacion más perfecta y constante? Ahora bien, esta curacion tuvo lugar porque se imploró la intercesion del venerable Benito José; se obró instantáneamente cuando se ensañaba más y más una enfermedad incurable.

De consiguiente, de ningun modo puede dudarse del milagro.

§ 3.—*Nuevas observaciones críticas del R. P. D., Promotor de la fe.*

1. En primer lugar, la discusion de las pruebas nos ha mostrado y nos obliga á llamar la atencion acerca un paciente desacuerdo entre la enferma y los testigos que fueron á Roma con ella, donde permanecieron algun tiempo. Hélo aquí: La madre y su prima declaran que la mañana del dia siguiente al de su llegada á Roma se dirigieron á Santa María *in Ara-Celi*; que en esta iglesia, con las otras personas que acompañaban á la enferma, recibieron la sagrada Eucaristía. Por otra parte los testigos setenta y setenta y dos afirman que se acercaron á la sagrada Mesa con ellos en Santa María de los Montes. Esta divergencia, que no puede conciliarse, no impide tener plena y entera confianza en esos testigos, y sin embargo en sus declaraciones descansa principalmente la relacion de la curacion milagrosa.

2. Examinemos ahora el testimonio del médico Angelucci que visitó á María Rosa, y veremos si podemos adherirnos á su juicio, sobre el que descansan principalmente la razon y el fundamento de toda la *Causa*.

Véase cómo describe el estado de la enfermedad: «Al principio no hubo enfermedad sino simples erupciones epidémicas, á las que se juntó en seguida una inflamacion de pecho. A la inflamacion de pecho sucedió la ulceracion del pulmon con vómica; á la vómica el empiema, y al empiema la tisis, á menos que queramos unir juntamente la tisis y el empiema.» Ahora bien, trazando así la

marcha de la enfermedad, se muestra médico muy poco hábil. En nuestras primeras objeciones fuimos de parecer que debíamos rechazar esa marcha de la enfermedad, y el defensor de la causa piensa como nosotros, si bien se esfuerza por excusar al médico, tratando de demostrar que dió á la palabra empiema una significación más lata que de costumbre; pero eso no es bastante para disipar la duda que puede muy bien abrigarse acerca su capacidad.

3. Puede además añadirse que ese médico hizo raras visitas á la enferma. «El médico (dice la madre de ésta) que creo fué el Dr. Angelucci, vino pocas veces á casa. Ese médico no residía en Mazzano, sino en Campagnano, y acostumbraba venir cada ocho dias cuando habia grave necesidad.» ¿Cómo, pues, podemos creer que un médico que visita tan poco á una enferma pudiera emitir un juicio seguro acerca su estado?

6. Por confesion misma del médico se confirma esa dificultad en que estaba de pronunciar un juicio digno de fe: «Hice á la sazón (esto es, una vez cada semana), mis observaciones acerca la jóven enferma; los relatos en que se fundaban eran debidos al difunto cirujano Jaime Sgarzi... Y si viviese, declararia con mayor precision de lo que yo puedo hacerlo, y estableceria mejor todo lo que tiene relacion con la marcha y las diferentes fases de la enfermedad.» De lo que podemos deducir que el médico Angelucci no conoció «con precision todo lo que tiene relacion con la marcha y las diferentes fases de la enfermedad.»

Añadid á eso lo que él mismo declara más abajo (*ibid.* § 94): «Las señales que aparecieron eran todas funestas, á saber: la ronquera, el dolor (no recuerdo si fué un dolor local y permanente, y tampoco si fué vago ó distinto), la tos, los esputos purulentos, la respiracion penosa, una fiebre lenta, la diarrea continua y los sudores. Lo que si recuerdo bien son los sudores, pero no puedo afirmar si eran de la especie que llamamos collicuatiuos. Que la enferma quedó reducida á ese estado y que dichos sintomas sean verdaderos, puedo afirmarlo muy bien, aunque atendido el intervalo transcurrido se haya debilitado su recuerdo.»

7. Si examinamos lo que María Rosa hizo inmediatamente antes de su curacion, descubrimos que la relacion arriba mencionada exagera singularmente la gravedad del mal. En efecto, refiérese primero al curso de la enfer-

medad; se hace la descripcion de los sintomas del peor augurio; no sólo se presenta á la enferma como próxima á la muerte y casi muerta, sino que se dan esos sintomas mortales como perseverando sin intermision y aumentando cada vez en gravedad. «Certifico, dice el mismo médico, que los sintomas, tales como se sucedieron en el órden que he referido más arriba, no se debilitaron nunca; al contrario, aumentaron en intensidad, pues la enferma nunca experimentó mejoría alguna, siquiera pasajera ó aparente.» Y algo más abajo añade: «El mal fué cada vez empeorando.»

Este médico, en lo demás, está de acuerdo con los otros testigos, pues declaran que la enferma se preparó á su última hora con la recepcion de todos los sacramentos.

Ahora pregunto: ¿cómo una enferma que llegó al umbral de la muerte, que nunca experimentó mejoría alguna, ni siquiera pasajera ó aparente; más aún, cuyo mal fué siempre empeorando; cómo, digo, despues de un intervalo de veinte dias, montada en un jumento, pudo hacer un camino de veinte y cinco millas y suportar sus fatigas? ¿Cómo al llegar á Roma hubiera podido ir el dia siguiente desde el barrio de los Campitelli sin que la llevasen? ¿Cómo poder subir á pié la pendiente del Capitolio para dirigirse á la iglesia situada en ella, y luego á Santa María de los Montes, y en este templo orar largamente junto al sepulcro del venerable Benito José? Ya veo que la enferma sólo hizo todo eso sostenida y como arrastrada por los que la acompañaban, pero esa facultad de andar y moverse, aun cuando no fuese con entera libertad y soltura, ¿puede conciliarse con esa dolencia de extrema gravedad, tal como nos la presentan el médico que cuidó á la enferma y los demás testigos?

8. Pasemos ahora al examen de la naturaleza de la enfermedad. A la verdad no parecen bastante concluyentes los documentos por cuyo medio el defensor se esfuerza en probar que María Rosa padeció una tisis pulmonar confirmada, y hé aquí la observacion que uno de los consultores ha creído con razon que debia presentar: «Considero como hecha muy á la ligera la afirmacion de la curacion instantánea y perfecta de María Rosa de Luca de una tisis pulmonar confirmada, á menos sin embargo, que por azar sea cierto, ó por lo menos probable, que la jóven estuvo á punto de sucumbir víctima de una tisis antes de verse atacada de la tisis.»

3. «Y en efecto, el defensor de la causa, previendo que la cuestion vendria á parar á esos términos, abandonó en sus respuestas el cálculo que dió al principio acerca la duracion de las enfermedades que se sucedieron en Maria Rosa, y á más ha recogido en todas partes lo que ha podido á fin de evitar el precipicio que se abrió por sí mismo. ¿Lo ha conseguido? Veámoslo en breves palabras. El defensor de la causa ha advertido que desde principios de marzo á fin de mayo no transcurrió bastante tiempo para establecer la existencia de una tisis pulmonar confirmada, cuando, como en el caso actual, era preciso encontrar el tiempo necesario para la evolucion de las diferentes afecciones que se sucedieron. Así es que se aplicó á disminuir la duracion de todas estas últimas asignadas constantemente á cada una de ella el tiempo más breve posible. A fin de proceder, empero, con toda la concendencia apetecible, como conviene, concedamos á la defensa el tiempo más largo que los hechos hacen posible, y ratiocinemos.

9. «Segun el defensor, el principio de marzo tendria la misma significacion que el dia 1.º de marzo, pues no admite que se pueda retroceder más allá del dia 4 de este mes la metastasis del sarampion. Pero ¿qué obstáculo hay para que encontremos, aun despues del dia 4 de marzo, no la metastasis (mudanza), sino aun el principio del sarampion? Efectivamente, esta expresion: «El principio del mes,» por lo mismo que indica un dia cualquiera entre los primeros del mes, sin determinar ninguno, puede con la misma probabilidad designar el primero, el cuarto y aun el quinto. Así me parece que nadie me reprochará ser harto severo si en el caso en cuestion por el principio del mes, entiendo el quinto ó por lo menos el cuarto. Pues bien; fijemos en esta época el principio de la erupcion: ved á James y Busson que afirman en el *Diccionario de medicina*, que en el sujeto atacado de esa enfermedad *la erupcion no se verifica á veces hasta el dia quinto*. Segun Juan Pedro Franck, citado por el postulator de la causa, la erupcion persiste casi tres dias enteros en toda su fuerza. Es evidente ahora que podemos retroceder con razon, digamos mejor, que debemos fijar la metastasis más allá del 4 y aun al 12 de marzo. Contemos ahora la parte de la plenresia ó de la peripneumonia, que no se resuelve hasta el dia séptimo para dar lugar á la vómica; el postulator puede pedir este intervalo,

pero no tiene derecho á exigir imperiosamente tan breve tiempo. Efectivamente, si segun Hipócrates, aquellos que llegando á pleuréticos no son repurgados de nuevo (repurgados por arriba), en catorce dias, pasan á la supuracion, será necesario, como razonadamente contiene el postulator, que el pus se formase el décimocuarto dia, para poder ser arrojado por arriba. Ahora bien, el pus no puede ser formado en el duodécimo nisiquiera en el décimotercero dia para ser completamente evacuado en el siguiente, esto es, el décimocuarto dia, ó bien para pasar á la supuracion si no ha sido evacuado. Será preciso, en tal caso, ir más allá del mes de marzo para tener los dias necesarios para la ruptura de la vómica, y aun será menester ir al fin de marzo para establecer el principio de la vómica. Segun este cálculo que me parece bastante razonable, sólo despues de principios de abril, ó mejor antes de mediados de este mes, se rompió necesariamente la vómica, si le concedemos una duracion de veinte dias, conforme lo ha admitido el mismo postulator. Pero como desde la ruptura de la vómica hasta el comienzo de la tisis el mismo postulator admite un espacio de quince dias, es preciso hacer retroceder el principio de esta última enfermedad de Maria Rosa hasta el primer dia de mayo. Y hé aquí que esa jóven atacada de tisis pulmonar en los primeros dias de mayo, recibe el santo Viático y la Extremauncion á causa del inminente peligro de muerte causado por la tisis, veinte y un dia despues, cuando se ponía en camino para Roma á fin de pedir su curacion por un milagro.

Ahora bien, llegó á Roma el 20 de mayo, y tenemos aquí el caso enunciado más arriba, á saber: el de una jóven próxima á morir de tisis, aun antes de estar atacada de tisis. Pero, se dice, la enfermedad perseveró hasta el 23 de mayo. Concedido, si un período de veinte y tres dias es un período conveniente y bastante en una tisis pulmonar confirmada, para conducir á las puertas del sepulcro.

12. ¿Quiérese ahora establecer un cálculo más exacto? Se verá que el excesivamente breve espacio de tiempo concedido se opone completamente á que pueda establecerse la existencia de una tisis pulmonar confirmada en la enfermedad de dicha jóven.

13. No sabemos ver por qué el defensor insiste tanto en afirmar la existencia de una tisis pulmonar. Para esta-